

acompañar con cuidado el recorrido que realiza el lector para que no se pierda en la avalancha de información.

Estamos, en definitiva, ante un libro de referencia para cualquiera que emprenda la tarea de enfrentarse a las parábolas. La amplia y actual bibliografía se convierte en una herramienta fundamental y justifica la solidez y rigor de esta obra. Meier, una vez más, no defrauda. IANIRE ANGULO ORDORIKA

Gesché, Adolphe. *La Teología*. Verdad e Imagen 207. Salamanca: Sígueme, 2017, 206 pp. ISBN: 978-84-301-1966-0.

Una vez más, la editorial Sígueme (Salamanca) nos regala un conjunto de textos del siempre sugerente emérito de Lovaina, Adolphe Gesché. Edición preparada por Paulo Rodrigues, profesor asistente de la Facultad de Teología de Lovaina (UCL) y miembro fundador de la Réseau de recherches Adolphe Gesché (RRAG), el volumen que presentamos bien pudo ser uno de los diez libros con los que Gesché quiso completar su *peculiar dogmática –Dieu pour penser–*, y que se vio truncada en 2003 por su sentido éxodo hacia quien consideró la pasión de su vida: Dios.

Fiel a otras ediciones del autor, el presente volumen recoge una serie de textos publicados en diferentes medios y circunstancias, entre 1974 y 1996, con un denominador común: la teología. Por eso mismo, en algunos momentos de la lectura los temas y argumentos son recurrentes, aunque siempre coloreados de manera diversa por la perspectiva adoptada; expresión del carácter inacabado de la reflexión teológica y del mismo teólogo. De igual manera, su distancia en el tiempo hace que algunas cuestiones que, en su momento, podían ser intuiciones de futuro, puedan considerarse ya lejanas o, por lo menos, actualmente encaminadas. Con todo, su novedad y pertinencia siguen siendo permanentes, signo de la creativa hondura que caracterizaba al teólogo de Bruselas. En teología, no hay tareas hechas, sino caminos que recorrer y sendas que inaugurar.

La selección de textos comienza, con el ímpetu propio de los aventureros, haciendo un «Elogio de la teología». Apasionado discurso que Gesché pronunció con motivo de su jubilación. «En él –comenta el editor–, se condensa lo esencial de su pensamiento sobre la vocación teológica» (10). Sin duda unas palabras que, tanto teólogos noveles como quienes llevan tiempo en esta andadura, siempre agradecerán. La necesidad de no perder en el olvido las conquistas de la tradición, de repensar pacientemente los conceptos, de recrearlos y llevarlos hasta las últimas consecuencias –más allá de modas o clichés–, deben ser las constantes para quienes se sienten adecuadamente inadecuados a la hora de hablar de Dios y del hombre. Para quienes, en su *forma mentis*, asumen el mismo medio y perspectiva que Dios ha elegido para hablar de sí mismo, partiendo del ser humano y sin miedo a asomarse al brocal del propio pozo, para descubrir el sentido de su vida y el destino inscrito en él. «*Per invisibilia ad visibilia*» (19).

El primer capítulo –«La teología y los desafíos de su tiempo»–, tiene el valor de bosquejar los esquemas e inquietudes de la teología, desde los dos últimos tercios del siglo xx hasta la actualidad. Aunque el texto fue escrito en 1994, es valioso, no solo por la comprensión de las «tres edades (¿o tres eras, o tres tipos?)» (30), previas a la teología actual, también porque, en su labor de futuro, Gesché expone las líneas fundamentales de su propio pensamiento, así como los caminos por los que, lejos de ser abandonados, sigue transitando hoy la teología: alteridad e identidad, contingencia, vulnerabilidad, pasión, felicidad, destino, secularización, etc. Ellos, junto a otros, siguen siendo conceptos emergentes que pueden y deben ser esclarecidos desde una «Cristología de la revelación» (64) que muestre cómo Dios y el hombre se intersignifican.

El segundo capítulo –«El Dios de la Biblia y la Teología especulativa»–, lejos de ser una cuestión superada, por lo menos en la acción pastoral, es un alegato en favor de la racionalidad de la fe; eso sí, bien entendida. Si bien es cierto que la especulación ha de partir de Dios «en su lugar natal» (81), esto es, el hombre-que-habla-de-Dios, ha de ser bien entendida, so pena de no caer en el fideísmo, el biblismo, el fundamentalismo, el positivismo o, por su exceso, en el desencarnado teísmo. Por eso se hace necesaria una racionalidad específica para salvar el foso abierto por Lessing, entre lo concreto y lo universal, y que sea capaz de elaborar una auténtica cristología teológica. No una teología sobre Cristo –como se ha venido haciendo–, cuanto una cristología «impulsada ahora como teología sobre Dios» (102), donde las exigencias del Dios revelado en la Escritura y las de la razón, sean aliadas contra el hiato abierto entre la experiencia concreta y la reflexión especulativa.

Casi como una prolongación del capítulo anterior, el tercero –«Del dogma como exégesis»–, está dedicado a la racionalidad teológica. Corrigiendo la reacción racionalista ante Lessing y sin renunciar a la contingencia, aparentemente limitadora del dogma, Gesché muestra la racionalidad específica de la Escritura como aquella capaz de vincular «el conocimiento de Dios con la contingencia de una palabra escrita» (113). Vinculación necesaria para desvelar la verdad en los hechos concretos que, una vez comprendidos y narrados, son transformados en acontecimientos reveladores. Esto solo es posible cuando la «racionalidad del *logos*» (122), asume el papel que le corresponde en la especulación teológica, situando a la llamada *ratio-nous* en su lugar. La *ratio-logos* es la específica de la teología; con ella se hace referencia a la exterioridad propia del acontecimiento de revelación que quiere ser comprendido. Es una «racionalidad recibida, puesto que viene de lo alto (*a Patre luminum*), pero que no deja de estar entre nosotros (*dedit hominibus*)» (128). Una racionalidad abierta, de escucha y de recepción, de trascendencia y de visitación. Situados en las coordenadas de esta *ratio-logos* de la Escritura, es donde interviene el dogma. Este es comprendido como la «forma específica de apropiación, a la vez teórica y confesante, de la fe» (136). Una apropiación que, vinculada a la trascendencia que le origina y con la que trata de asimilarse, se vuelve transgresora, audaz, abierta, más allá de lo que dicta el sentido común –expresión vulgar del racionalismo teológico–. Al fin y al

cabo, decir lo que se espera racionalmente *-ratio-nous-*, tiene poco de teológico y mucho de inmanente.

«La mediación filosófica en Teología», el cuarto –y más breve– de los capítulos, puede que sea el capítulo de menor entidad. No tanto por la cuestión tratada, cuanto porque su temática, en cierta medida, ha sido abordada con mayor hondura en el capítulo anterior; aunque bajo otras categorías. Tema clásico –sobre todo en teología–, recoge comprensiones ampliamente acogidas en la actualidad, como aquella que muestra a ambas disciplinas tratando los mismos temas, pero no «desde el mismo lugar y bajo la misma formalidad» (153). Este es uno de los logros de la filosofía del lenguaje que distingue la autoimplicación confesante del lenguaje teológico. Más allá de la función instrumental que puedan tener los conceptos alcanzados o acuñados por la filosofía –emerge aquí, de alguna manera, el tema de la *ancilla theologiae-*, esta debe velar por el uso auténticamente transgresor que la teología haga de ellos; aceptando que sean, en parte, reinterpretados para que la teología no ocupe el lugar de la filosofía en el *logos* universal.

El quinto y último capítulo –«Teología de la verdad»– es otro de los más hondos y brillantes de la edición. De manera similar a cómo trató el tema del destino, el mal y de Dios, en *Dieu pour penser*, Gesché rehabilita la verdad como concepto matriz y palabra originaria del ser, del hombre y del quehacer teológico. Una auténtica teología fenomenológica que, desde su perspectiva específica *-sub specie aeternitatis-*, preguntará a la misma palabra en su experiencia concreta, en su lugar en la reflexión teológica y en su relación con Dios y su Cristo. Preguntas que, tomadas en serio, tendrán no pocas implicaciones con temas tan importantes como los trascendentales del ser, la ética, la perversión actual de la verdad –crítica al «comunicacionismo», hoy en día cifrado desde el pseudoconcepto de «postverdad»–, el carácter inspirado de la Escritura, el positivismo bíblico, la teología de la creación y la teología trinitaria. Por esta última implicación, Gesché abogará por el restablecimiento del estatuto teórico del *Logos* –Verbo–, como el único capaz de dar cuenta del carácter específicamente trascendente y, a la vez, inmanente de la verdad. Desde él, polaridades como fe-razón, trascendencia-inmanencia, sentido-destino, etc., son esclarecidas por la racionalidad Teológica (192), donde Dios se pregunta a sí mismo, en su Verbo, no solo para desvelar la verdad de su misterio, sino para adherirnos, no ya a la verdad de la idea de Dios, cuanto al Dios real y existente.

La edición concluye con dos apéndices dedicados a la bibliografía principal del autor; extraída y seleccionada de la página web de la Réseau de recherches Adolphe Gesché (RRAG) <<https://uclouvain.be/fr/instituts-recherche/rscs/trag-l-oeuvre.html>>, y a una cronología biográfico-académica del emérito de Lovaina.

Tanto por lo que dice, como por cómo lo dice, pasando por las innumerables sugerencias e intuiciones de su pensamiento, el libro es recomendable para seguir con la renovación teológica que encauce «el deseo vehemente, irracional, ciego, de que la existencia terrena acceda a los derechos de lo divino (Y. Bonnefoy)» (25). SANTIAGO GARCÍA MORUELO